

La seguridad mundial luego del macroterrorismo del 11 de septiembre de 2001: repercusiones y reflexiones

*José Luis Piñeyro**

INTRODUCCIÓN

Resulta muy complicado y aventurado elaborar una proyección sobre las múltiples repercusiones de los actos megaterroristas del 11 de septiembre en Washington, la capital político-militar, y en Nueva York, la capital financiera de la Unión Americana. Cualquier análisis a posteriori resultaría más pertinente y profundo, pues se puede tomar distancia y objetividad sobre los hechos y recabar mayor información, ordenarla y analizarla. Sin embargo, el análisis de coyuntura con todas sus limitaciones pretende ofrecer explicaciones sobre los sucesos inmediatos al combinar los factores histórico-estructurales con los circunstanciales a partir de una determinada correlación de fuerzas, para este caso, entre un conjunto de Estados, agrupados en bloques geopolíticos y geoeconómicos, o bien, en disputa por espacios territoriales con base en su poder nacional o en alianza con otros entes estatales.

No pretendemos señalar las tendencias de la guerra en Afganistán, es decir, si será nacional, regional o peor aún mundial; tampoco

* Profesor investigador del Departamento de Sociología, Universidad Autónoma Metropolitana, Azcapotzalco. Correo electrónico: <jlpineyro@aol.com>; <jlpp@correo.azc.uam.mx>.

indicaremos contratendencias o contraalianzas futuras de potencias medias (como Rusia, China e India), que están relativamente al margen de los tres grandes bloques geopolíticos (el americano, el europeo y el japonés), y contradicciones al interior de los mismos. Sólo apuntaremos inconsistencias generales y responsabilidades de la estrategia de guerra antiterrorista hasta ahora dada a conocer por Estados Unidos. Es decir, señalaremos lo que de momento, el horizonte de visibilidad nos permite aproximar de manera inicial y provisional. Con posterioridad espero poder verificar o desechar algunos señalamientos que a continuación esbozo sobre la guerra en puerta y, como se dice, sobre la marcha de lo que mañana será historia reciente.

CONTEXTO BÉLICO INMEDIATO Y PRECISIONES CONCEPTUALES

A pesar de todo lo antes expresado, cabe acotar que tendencialmente los trágicos acontecimientos del 11 de septiembre pueden afectar al menos a América Latina, como de hecho ya está afectando a México en el plano comercial, económico, diplomático y político-militar. Ahora bien, para abordar los desafíos a la seguridad mundial, voy a hacer una puntualización bastante categórica y provocativa con la intención de abrir un debate respecto a cuáles son las amenazas o desafíos a dicha seguridad. No voy a repetir la caracterización sobre cómo se va a dar la guerra en el territorio afgano, aunque disiento parcialmente respecto de por qué se va a dar en tal forma. Empecemos por una serie de puntos muy generales.

En primer lugar, cabe señalar que el terrorismo de grupo de tipo indiscriminado y masivo es totalmente injustificable en el plano moral y político, pero no es incomprensible.¹ Esto es, el terrorismo de

¹ Un experto en terrorismo señala que son tres los niveles crecientes de la acción terrorista: el llamado terrorismo blanco, es decir, que no pretende provocar víctimas ni daños materiales de consideración y sólo busca llamar la atención entre la población y las autoridades gubernamentales, y se manifiesta por medio de atentados dinamiteros; el terrorismo selectivo, dirigido contra funcionarios públicos, policíacos o militares o bien jueces y magistrados, responsables unos de torturas y otros de severas sentencias a terroristas; su acción principal es el secuestro y el asesinato de dichos funcionarios; y el terrorismo generalizado, que consiste en el asesinato de civiles y militares, sin importar responsabilidades directas ni si las víctimas son

grupo en cualquier país o espacio geográfico tiene evidentemente raíces muy concretas que se remiten a la historia, en donde normalmente ha habido presencia de diversas potencias y gobiernos aliados; y por lo tanto hay causas económicas y culturales que nos ayudarían a entender y verlo como algo no incomprensible o, como se ha manejado en la prensa, como simples actos de un grupo de fanáticos.

En segundo lugar, resulta imprescindible destacar que el terrorismo de Estado es igualmente injustificado, pero no incomprensible, o sea, responde a intereses y necesidades económicas de carácter geopolítico y geoestratégico para el caso de las potencias, pero también aparece allí donde existen intereses internos en aguda pugna, en algunos casos con presencia de estas potencias. De alguna manera, ambos tipos de terrorismo responden a cierta racionalidad o, para decirlo de otra manera, a cierta irracionalidad en términos humanos y morales.

En tercer lugar, es preciso subrayar que la amplia aceptación social del terrorismo de Estado como estrategia potencial de Estados Unidos contra Afganistán, según se ha presentado en la mayoría de los medios masivos de comunicación, avanzó mediante una combinación doble, por un lado, impulsando una hipnosis colectiva (la repetición televisiva *ad nauseam* de los aviones estrellándose contra las torres gemelas), combinada con una amnesia histórica en la que no se trató de destacar las causas y raíces concretas del terrorismo de grupo ni los anteriores y actuales nexos de organizaciones gubernamentales de la Unión Americana con el mismo, sino que sólo se resaltó la maldad y cobardías innatas de los fundamentalistas islámicos.

El cuarto aspecto a resaltar consiste en que ambos tipos de terrorismo son, hoy por hoy, los principales retos o amenazas a la seguridad mundial; sin embargo yo creo que corresponde a los que tienen mucho mayor poder, como Estados Unidos y sus aliados europeos, no caer en una espiral de violencia y terrorismo que tienda a la generación de una guerra regional o, aun peor, de amplitud mundial.

Ahora bien, respecto a las características de la guerra por venir, cualquier análisis radicaría básicamente en una articulación específica de tiempo, espacio geográfico y correlación de fuerzas político-

niños, mujeres o ancianos. Grant Wardlaw, *Terrorismo político. Teoría, táctica y contramedidas* (España: Ediciones Ejército, 1986).

militares y económicas que nos pudiera servir para definir el tipo de guerra que se librará, pero, por restricciones de espacio, solamente señalará una serie de incongruencias generales que pueden llevarnos a apuntar dos características fundamentales para el mantenimiento de la paz mundial: una proclive inestabilidad y una proclive impredecibilidad de los acontecimientos en curso; ambas características están estrechamente articuladas y se retroalimentan como una especie de círculo vicioso y centrífugo que incide negativamente en la seguridad internacional.

¿Por qué creo que las cosas se están desarrollando así? Porque en cualquier guerra, si partimos del hecho de que es una combinación específica de tiempo y espacio y correlaciones de fuerza, ésta tiene objetivos y recurre a tácticas o medios para llevar adelante su estrategia. Las declaraciones del alto mando civil y militar de Estados Unidos son contradictorias. Es decir, por un lado se plantea a nivel de objetivo principal de esta guerra la aprehensión de Bin Laden y desactivar o destruir las células terroristas de Al Qaeda y otras organizaciones que se cree que existen en sesenta países; pero casi simultáneamente, la asesora de seguridad nacional, Condolezza Rice, agrega que se está pensando como otro objetivo derrocar el régimen de Kabul. Lo anterior nos lleva a abrir un espacio geográfico mucho más amplio que el de Afganistán: si no estamos hablando solamente de este país, a ver si “de pasada” derrocamos al régimen de Sadam Hussein en Irak. De alguna manera se manifiestan contradicciones en términos de objetivos entre Colin Powell, secretario del Departamento de Estado, y Donald Rumsfeld, titular del Departamento de Defensa de Estados Unidos.

Respecto a los medios, el gobierno estadounidense ha declarado que se reserva el uso de armas y de operaciones militares de cualquier tipo. Es decir, si estamos pensando en el uso de medios de destrucción masiva, como armas químico-bacteriológicas, incluso se ha reivindicado el “derecho” al uso de armas nucleares, los cuales son instrumentos bélicos que tienen una explosividad geográfica y política muy amplia, sobre todo en Asia Central, dada su ubicación geoeconómica (recursos energéticos estratégicos) y geopolítica, vecindad con potencias nucleares medias (China, Rusia, India y Pakistán) y aliados para el control y suministro de dichos recursos petrolíferos, como Arabia Saudita, o gobiernos enemigos como Irán e Irak. Sin

embargo, se ha dicho que la tendencia de esta guerra es hacia la combinación de básicamente tres medios de acción: en primer lugar, operaciones de tropas especiales compuestas por los *rangers*, los *marines*, los grupos Delta y los Boinas Verdes; en segundo término, intensos bombardeos aéreos y navales y no bombardeos de artillería terrestre, considerando que un avance más o menos amplio por tierra, a nivel de infantería, para Estados Unidos sería altamente costoso. Es probable que el último escalón de acción consista en el apoyo a los destacamentos de la rebelde Alianza del Norte para el avance territorial, como primera línea de fuego.

Es muy difícil saber cuáles van a ser los límites geográficos y temporales de esta guerra porque se han subestimado los elementos materiales y morales. Aquí retomo básicamente un breve y sugerente artículo del general Wesley Clark, quien menciona que sin duda esta guerra va ser diferente a todas las demás en tiempo y espacio, y que por lo tanto se requieren varias acciones de forma urgente por parte de las fuerzas armadas de Estados Unidos. En primer lugar, labores de inteligencia y de carácter policiaco para ubicar a los grupos terroristas; segundo, el uso de la violencia de forma selectiva; en tercer lugar, la estrategia requiere métodos de recopilación de información por parte de la inteligencia de manera sistemática. En cuarto lugar, la tecnología resulta ser crucial tanto desde el uso de visores nocturnos hasta la dotación de equipo de armamento ligero para acciones rápidas, combinado también con el recurso de artillería aérea con acciones de comandos de fuerzas especiales. Pero lo importante es su opinión en cuanto a que, si bien la fuerza aérea estadounidense no requiere de mayor rearticulación, considera que hay que reequipar las fuerzas de tierra y organizarlas para la nueva guerra.

Concluye Clark con algo muy importante:

pero la mayor transformación debe ser, para el caso de esta guerra, transformar la actitud. Después de la guerra de Vietnam, Estados Unidos se ha vuelto extremadamente sensible a las pérdidas humanas. De todos los obstáculos que mencioné, los generales deben enfrentarse a eso, y deben saber que éste puede ser el obstáculo mayor.²

² Wesley Clark, "How to Fight this War", *Time*, 22 de septiembre de 2001.

Esto quiere decir que, a pesar de que las fuerzas armadas estadounidenses funcionan hoy no con base en un sistema de reclutamiento obligatorio sino voluntario, el aspecto moral de esta guerra será muy importante.

Aunque el enfoque de Clark es fundamentalmente militar, pues está pensando en cómo reaccionarán moralmente las fuerzas armadas, en una perspectiva más amplia debemos pensar cuál va a ser la reacción moral de la nación estadounidense en su conjunto frente a un conflicto sangriento, largo y costoso. Si bien hoy por hoy nos dicen que está dispuesta a la guerra, ya empiezan a darse combativas manifestaciones de carácter pacifista. Si seguimos la lógica cerrada que planteó el presidente Bush de que “están con nosotros o están con el diablo, están con la guerra o son terroristas”, se tendría que admitir que algunos pacifistas estadounidenses se catalogarán como enemigos y esto, evidentemente, complica la situación del frente interno, de cara a una campaña bélica prolongada y con bajas numerosas.

Por último, abordemos las potencias regionales cercanas a Afganistán. Algunos analistas dicen que, por ejemplo, a Rusia “le conviene” esta guerra por cuatro razones fundamentales: primera, porque es un ajuste de cuentas atrasado con los talibanes, que expulsaron a los rusos de Afganistán hace una década; segunda, porque una guerra prolongada aumentará el precio del petróleo, lo que va a beneficiar a Rusia como país petrolero; tercera, porque en caso de que se pueda pacificar a los musulmanes radicales, esto serviría de manera indirecta para pacificar a los millones de musulmanes rusos, y cuarta, la coyuntura serviría para justificar una mayor represión a los musulmanes en la república separatista de Chechenia, enclavada en territorio bajo dominio ruso.

Sin embargo, las cosas pueden llegar geográficamente más allá de Afganistán y Estados Unidos al adquirir mayor preponderancia geopolítica y económica en Arabia Saudita,³ dado que el objetivo fundamental de Bin Laden es la desocupación militar estadounidense de este país, considerado tierra santa musulmana. Por otra parte, el re-

³ Para una excelente síntesis histórica de la presencia estadounidense en el Golfo Pérsico y en particular en Arabia Saudita, así como el aspecto estratégico de la misma y el porqué del sentimiento antiestadunidense, consúltese Michael Klare, “Preguntándose por qué”, *La Jornada*, 22 de septiembre de 2001, 6.

forzamiento de la presencia militar estadounidense en Asia Central y Arabia podría incomodar a otra gran potencia que hasta ahora no se ha manifestado de manera clara: China. Doy un dato muy concreto de carácter estratégico: algunos analistas señalan que se ha mencionado muy poco el hecho de que China, en muy corto plazo, va a ser un consumidor de petróleo en cantidades similares a las que hoy consume Estados Unidos. Evidentemente, desde una perspectiva geopolítica inmediata, China está más cerca de Arabia Saudita que Estados Unidos, y puede reclamar “derechos” para el uso o suministro preferente del petróleo saudita, que además representa 25 por ciento de la reserva mundial de tal energético. Entonces, sintetizando, hay una serie de contradicciones entre medios a utilizar, objetivos por conseguir y repercusiones geopolíticas del corto y mediano plazos que, insisto, nos llevan a reiterar las dos características fundamentales como desafíos a la paz o seguridad mundiales: la inestabilidad y lo impredecible de las repercusiones de esta campaña bélica dirigida por Estados Unidos y secundada por Inglaterra. Guerra antiterrorista que, sin duda, generará una carrera armamentista o al menos serias fricciones con Rusia y China al reforzarse el predominio geopolítico estadounidense en Asia Central (y el Golfo Árabe), además de que apuntalará la iniciativa del escudo antimisiles estadounidense, concebido como una amenaza real para las dos potencias nucleares mencionadas.⁴

Habría que tomar en cuenta también a la población como parte de los factores materiales y morales de la guerra. Se dice que a nivel

⁴ Una semana antes de los atentados terroristas en Washington y Nueva York, el general ruso Fiodr Ladyguin, ex jefe de la Dirección General de Inteligencia, señaló que el escudo antimisiles propuesto por Bush, aunque supuestamente estaba dirigido para protegerse de Estados “bribones” como Irak, Libia y Corea del Norte, en realidad amenazaba la capacidad de respuesta nuclear de China y Rusia, y obedecía más a consideraciones geopolíticas estadounidenses de largo plazo (imponer de forma inapelable un orden mundial —incluso a sus aliados europeos—, a partir de una superioridad militar indiscutible), que a presiones del complejo industrial militar. Para Rusia la ampliación de países miembros de la OTAN a la frontera rusa era otra provocación estadounidense. Juan Pablo Duch, “Con el sistema antimisiles EU sería invulnerable: preocupación incluso entre sus aliados”, *La Jornada*, 3 de septiembre de 2001, 33. Dos días después de los atentados aparecían dos notas, una de Juan Pablo Duch, “Teme el gabinete de seguridad ruso que ahora nada detendrá a EU para el escudo antimisiles”, *La Jornada*, 13 de septiembre de 2001, 13, y otra más de Jim Cason y David Brooks, “La respuesta militar no frenará ataques: expertos; necesario analizar por qué somos tan odiados, EU, el mayor exportador de violencia en el mundo”, ídem, 6.

mundial hay entre mil y mil doscientos millones de musulmanes, repartidos geográficamente de forma muy irregular, pero a la vez concentrados en algunos países. Por tanto, a pesar de que se privilegia un bombardeo aéreo, supuestamente preciso o quirúrgico, se prevén costos en numerosas vidas civiles; si bien la mayoría de los musulmanes no son fundamentalistas, no creo que estén dispuestos a que la población afgana sufra un bombardeo masivo de ese tipo.⁵

POSCRIPTUM Y ¿POSGUERRA?

Con la ventaja que otorgan la distancia temporal inmediata, el acceso a mayor información, análisis y sobre todo la rápida y sangrienta conclusión de la guerra contra el pueblo y gobierno de Afganistán, resulta posible corroborar o desechar algunas afirmaciones categóricas anteriores y agregar nuevas reflexiones sobre la temática de la paz mundial y la guerra supuestamente sólo antiterrorista.

Afirmamos antes que el principal responsable de no producir una espiral de guerra regional o mundial era Estados Unidos, así como el recurrir al terrorismo de Estado como respuesta al terrorismo talibán afgano. La masiva guerra estadounidense contra el régimen de Kabul se basó en una supuesta legalidad (el derecho a la legítima defensa, artículo 51 de la Carta de las Naciones Unidas) y una real legitimidad nacional (no así internacional) otorgada por el sentimiento de rabia y revancha del pueblo estadounidense, debido a las miles de víctimas provocadas por los atentados terroristas. Sentimiento excelentemente manipulado por los medios masivos de comunicación y los voceros gubernamentales del presidente Bush, al grado de desechar cualquier otro tipo de respuesta legal y legítima como la policiajudicial internacional, y repensar sobre las diversas causas del terro-

⁵ Al margen de consideraciones morales o beneficios inmediatos, un ex presidente del Consejo Nacional de Inteligencia de la CIA advierte sobre el enorme riesgo de inestabilidad regional provocado por la arrogancia estadounidense: “[...] casi todas estas potencias regionales —India, Irán, Rusia, China y Uzbekistán— recibirían con agrado la noticia del fin del régimen talibán. [...] Pero estos países tienen una tolerancia limitada a las metas de Washington [...] casi todos se muestran hostiles a cualquier tipo de hegemonía estadounidense en Asia, así como al unilateralismo”. Graham E. Fuller, “Afganistán y el terrorismo”, *El Universal*, 21 de septiembre de 2001, 7.

rismo transnacional⁶ y los evidentes intereses geopolíticos y geoeconómicos estadounidenses en Asia Central y el Golfo Pérsico.

Ahora bien, el derecho a la autodefensa de un Estado frente a otro tiene varias limitantes desde la perspectiva del derecho internacional público, mismas que están contenidas en los principios jurídicos de las llamadas tres “P” mayúsculas. *Pronta*, como reacción de autodefensa frente a la agresión externa, cuestión que no sucedió pues las operaciones bélicas contra Afganistán iniciaron el 7 de octubre, casi un mes después del 11 de septiembre, día de los atentados terroristas.⁷ *Provisional*, como respuesta del Estado agredido mientras las Naciones Unidas toman medidas correctivas o punitivas, según el caso, para restablecer la paz e iniciar las negociaciones para superar el conflicto interestatal. Desde un principio el gobierno de Bush declaró que la guerra sería muy larga en el tiempo y amplia en el espacio. La corta duración de la misma, por tanto, no obedeció a consideraciones legales sino a la derrota casi fulminante del régimen afgano. *Proporcional*, es decir, a la medida de la agresión sufrida por el Estado atacado. No existió la más mínima proporcionalidad de respuesta, pues sólo las miles de bombas arrojadas, al menos ochenta mil,⁸ las decenas de misiles lanzados, la destrucción de cientos de construcciones militares y civiles, así como el desplazamiento de mi-

⁶ Los medios de difusión exaltaron algunas de las supuestas causas del terrorismo apuntadas en el manual de campaña 100-20 del ejército estadounidense. Éste señala como causas que contribuyen al desarrollo del terrorismo: el éxito del mismo magnificado por los medios de comunicación, la existencia de apatía social y gubernamental, la fascinación popular de concebir al terrorista como héroe y el ser instrumento de apoyo a la guerra regular. Carlos Ramírez, “Indicador político”, *El Universal*, 21 de septiembre de 2001, 58(A). Sin duda, el terrorismo avanza si no hay voluntad social y gubernamental, o bien lo contrario, si cuenta con legitimidad popular, pero no son las causas básicas del mismo.

⁷ Así lo plantea, entre otros, un analista al referirse a la autodefensa: “Su licitud requiere, amén de la identificación precisa del agresor, la ausencia de cualquier otro medio para paliar el mal, la contemporaneidad de la respuesta ofrecida y su proporcionalidad”. Martín Lozada, “¿Qué dice el derecho internacional? una reflexión sobre los atentados”, *Memoria*, no. 154, (diciembre de 2001), 42. Una argumentación histórica y jurídica sobre la autodefensa y la simple represalia aparece en Michael Mandel, “Digan lo que digan esta guerra es ilegal”, y Asociación Americana de Juristas, “La ilegalidad de la guerra”, ídem, 39-45.

⁸ Luis Hernández Navarro, “Bajas colaterales”, *La Jornada*, 19 de noviembre de 2001, 31. Privó la lógica del terror y arrasamiento sintetizada en la frase: “si tú me tiras una piedra, yo te arrojé una montaña”, pronunciada por la ex subsecretaria de la Defensa. Ana María Salazar, “El terrorismo”, *Arcana*, no. 8 (diciembre de 2001).

les de soldados, buques y aviones alrededor de Afganistán fue del todo colosal y aterradorante.

Otra crítica desde la perspectiva del derecho internacional es que fue una guerra declarada no contra un Estado específico como cualquier guerra, sino contra un actor no estatal, el terrorismo transnacional. Si la acusación estadounidense de que el Estado y el gobierno afganos auspiciaron a Bin Laden y Al Qaeda, no implica que ellos hayan sido responsables directos, y mucho menos la población civil. Según esta óptica antiterrorista abstracta, los gobiernos de Libia, Irán, Irak y Corea del Norte catalogados desde hace dos décadas como Estados “bribones”, o bien la organización vasca Euskadi Ta Azkatasuna (ETA), el Ejército Republicano Irlandés (ERI) y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), entre otras agrupaciones guerrilleras, debían estar bajo la mira estadounidense.

La lectura objetiva y desapasionada de las recientes resoluciones 1368 y 1373 de la Organización de las Naciones Unidas sobre los ataques terroristas no autorizan, legitiman o legalizan el tipo y amplitud de las acciones bélicas de represalia masiva en el territorio afgano. El recurso a acciones de inteligencia y de tipo policiaco o judicial de carácter internacional para localizar, arrestar y extraditar, y posteriormente enjuiciar a los terroristas responsables mediante la Corte Penal Internacional⁹ sin duda habría significado para la comunidad mundial una acción con verdadera legalidad y legitimidad e implicado muchos menos afganos muertos, cifra que se calcula en alrededor de tres mil personas, además de los cientos de heridos y los miles de desplazados, la destrucción masiva de infraestructura carretera, hospitalaria y habitacional que, como hoy se comenta con

⁹ Una sólida argumentación jurídica de por qué el gobierno de México debería ratificar el Estatuto de la Corte Penal Internacional, así como una crítica a las argumentaciones de Henry Kissinger sobre la supuesta “tiranía de los jueces” representada por dicha corte, aparecen, respectivamente, en Loretta Ortiz Ahlf, “La Corte Penal Internacional (CPI) y el terrorismo”, *Este país*, no. 128 (noviembre de 2001), y Benjamín Ferencz, “Estados Unidos contra la Corte Penal Internacional: un fiscal de Nuremberg responde a Kissinger”, *Memoria*, no. 154 (diciembre de 2001). Ortiz Ahlf respecto a la CPI señala: “Es preferible contar con instancias como la CPI que gocen de competencia para castigar hechos como los del 11 de septiembre en Estados Unidos. En caso de no consolidarse este esfuerzo universal, dos podrían ser las consecuencias: una impunidad ante estos crímenes o la aplicación de la ley del más fuerte”. Ortiz Ahlf, “La Corte Penal...”, 42.

humor negro, regresó a Afganistán a la edad de piedra. Al respecto se ha afirmado que Estados Unidos ha tenido gran responsabilidad histórica reciente en la no pacificación de Afganistán.¹⁰

Los atentados terroristas de septiembre han despertado sospechas en cuanto a su precisión, indetección, sigilo y temeridad, considerando las múltiples corporaciones policiacas y agencias de inteligencia responsables de la seguridad nacional estadounidense. El enfoque analítico de la gran conjura va desde suponer la confabulación de grupos de poder económico-político civiles y militares, pasando por la articulación de los extremistas islámicos con los grupos de odio internos, hasta la casual y sincronizada negligencia de los servicios de inteligencia estadounidenses, a pesar de los avisos de alerta de otros servicios de espionaje extranjeros.¹¹

No existen suficientes evidencias para apuntalar la teoría de la confabulación, sólo hay indicios reales que requerirían de investigaciones sistemáticas; sin embargo, no podemos olvidar, como dice el sentido común, que “de que hay conjuras, hay conjuras” aunque éstas no siempre sirvan para explicar la totalidad de situaciones concretas. Lo cierto es que, como con anterioridad señalamos, existen nexos entre los funcionarios estadounidenses con los talibanes y otros grupos extremistas islámicos, y éstos no terminaron hace una década

¹⁰ Mahud Mestiri, ex ministro de Relaciones Exteriores de Túnez y funcionario de la ONU, ha argumentado que Estados Unidos ha tenido responsabilidad histórica reciente en la no reconciliación de Afganistán. Los autores franceses Jean Charles Bisard y Guillaume Dasquié, en su libro *Bin Laden: la verdad prohibida*, revelan cómo, un mes antes de los atentados terroristas, hubo pláticas secretas entre el gobierno talibán, el paquistaní y el estadounidense a fin de lograr la extradición de Bin Laden y conformar un gobierno de unidad nacional con la Alianza del Norte. Sugieren los autores que las presiones estadounidenses durante las pláticas precipitaron los atentados previamente planeados. Respectivamente consúltese Anne Marie Mergier, “Con su doble juego Washington frustró la reconciliación en Afganistán”, y “Washington-talibanes: negociaciones secretas”, *Proceso*, nos. 1305 y 1307, 4 y 18 de noviembre de 2001. Un resumen del porqué del fracaso de las negociaciones posteriores a los atentados terroristas (entre Pakistán-Afganistán-Inglaterra), y previos a la ofensiva estadounidense aparecen en John Pilger, “Guerra contra el terrorismo: una falsa victoria”, *La Jornada*, 27 de noviembre de 2001, 8.

¹¹ Al respecto, consúltese James Petras, “Estados Unidos y Afganistán: una guerra injusta” y “Más allá de la tragedia humana”, *La Jornada*, 25 de octubre y 11 de noviembre de 2001, 10 y 25; Manú Dornbierer, “Enigmas americanos”, *El Universal*, 20 de octubre de 2001, 24(A); Anne Marie Mergier, “Una sospechosa trama financiera precedió el ataque a Nueva York”, *Proceso*, no. 1303, 21 de octubre de 2001; Jenaro Villamil, “El otro gran juego terrorista”, *La Jornada*, 25 de noviembre de 2001, 34.

después de la expulsión de los soviéticos, sino que continuaron pocos meses antes de los atentados,¹² a diferencia de lo que se maneja en la prensa y la televisión estadounidenses.

En resumen, conspiración de por medio o no, son hechos inobjektivos: el aumento de las ganancias del complejo industrial militar, la reactivación económica en general y en particular de las compañías de aerolíneas y aseguradoras a través de millonarios subsidios gubernamentales y, sobre todo, el fortalecimiento de la presencia geopolítica estadounidense en Afganistán y Asia Central, y por lo tanto la satisfacción de intereses de grupos corporativos, como es el caso de la compañía petrolera Unocal.¹³

Apuntamos antes algunas contradicciones de la estrategia de guerra respecto a los objetivos anunciados y los medios propuestos tanto en el plano espacial como temporal. Dos objetivos fundamentales no se han conseguido: primero, destruir la organización Al Qaeda y arrestar a Bin Laden, y segundo, proseguir la lucha contra grupos terroristas o gobiernos refugio de los mismos en más de sesenta países. Hasta el momento de escribir esto, principios de febrero del 2002, Bin Laden no ha sido arrestado; se ha expresado con insistencia por diversos analistas que de ser capturado vivo aumentaría su imagen de héroe en asociaciones islámicas radicales; y la muerte en combate lo convertiría en mártir para las mismas. Al Qaeda sin duda se ramificará y pasará a total situación clandestina y latente. El tiempo bélico fue breve, los objetivos parcialmente conseguidos a corto plazo; sin embargo, el espacio puede extenderse a Irak, Irán o Libia, o bien hasta las remotas Filipinas, como recién se informó de la presencia de una avanzada castrense táctica de setecientos soldados estadounidenses para combatir a la guerrilla musulmana Abu Sayyaf en la isla de Basilán. La anterior iniciativa alargaría la guerra en el tiempo y en el espacio.

¹² Michael Chossudovsky, "Las pistas del Osamagate: Al Qaeda y la CIA: la conexión Macedonia" y "Las culpas del aliado: nexos entre la inteligencia paquistaní y el 11 de septiembre", *La Jornada*, suplemento *Masiosare*, 14 de octubre y 11 de noviembre de 2001, 4-5 y 2-3.

¹³ Los vericuetos de la petrolera estadounidense Unocal en Afganistán frente a sus socios sauditas, rusos, japoneses, sudcoreanos y el gobierno talibán aparecen sintetizados en Guillermo Almeyra, "EU buscaría recuperar control de crudo y gas del Mar Caspio: en 98 dejó proyecto para construir gasoducto en la zona", y Jim Cason y David Brooks, "Renovados intereses de Unocal en Afganistán: hoy se evalúa nuevo contrato según libro", *La Jornada*, 2 de octubre de 2001 y 19 de enero de 2002, 7 y 20.

Sin duda, los medios utilizados en la guerra fueron masivos y contundentes, tanto por el número de destacamentos militares desplegados, como por la sofisticada tecnología bélica personal y de armamento pesado y transporte aéreo, y por fortuna no se recurrió a armas de destrucción masiva químico-bacteriológicas ni a medios nucleares. No se conformó la alianza estadounidense-europea sino que solamente funcionó Inglaterra como aliado histórico. A lo largo de la campaña contra Afganistán, Michael Klare, especialista estadounidense en geopolítica, elaboró diversas etapas de dicha campaña, con base en recientes declaraciones públicas del alto mando, declaraciones anteriores durante la guerra fría e historia regional del Golfo Pérsico y Asia Central. De acuerdo con la proyección elaborada por Klare, faltaría una ampliación del teatro de operaciones, entendida como ataques a campamentos guerrilleros islámicos establecidos en Líbano, Sudán, Uzbekistán, Tajikistán, Filipinas o bien a Irak, y aun a países que se negaran a colaborar con la cruzada antiterrorista.¹⁴

Por desgracia, existen claros indicios de la intención de extender el campo de batalla a Irán, Irak y Corea del Norte, según las preocupantes declaraciones del presidente Bush del 30 de enero del 2002, debido a que estos Estados no han cooperado con la batida antiterrorista. La respuesta a la amenaza de Bush de parte de los aliados europeos ha sido cautelosa, incluso la misma Inglaterra; de parte de China y Rusia ha provocado un abierto rechazo a extender el frente de guerra.

Todo lo anterior nos lleva a dos dimensiones del fenómeno terrorista y su relación con la paz mundial: el macro o geopolítico y el micro o nacional. El primero tiene que ver con los desequilibrios geoeconómicos que genera el reforzamiento estadounidense en Afganistán y Asia Central frente a Rusia (e igualmente con China), como potencia nuclear media, a través de dicho reforzamiento, de la ampliación de la OTAN hasta sus fronteras (la inclusión de Letonia, Lituania y Estonia), y de la propuesta de construcción del escudo antimisiles. La visión estadounidense más belicista insiste en la estrategia del uni-

¹⁴ Michael Klare, "Cómo puede darse la guerra contra el terrorismo", "¿Estaremos en el atolladero de Bush?", "La geopolítica de la guerra", *La Jornada*, 4 y 8 de octubre y 6 de noviembre de 2001, 4, 8 y 6-8, respectivamente.

lateralismo en estos tres aspectos, además de no hacer ninguna concesión para el pago de la colosal deuda externa rusa de más de 165 000 000 000 de dólares.

La articulación del conjunto de aspectos de presión mencionados lleva a que un profesor estadounidense experto en Rusia concluya de modo categórico que ésta “responderá haciendo lo que Estados Unidos debe esperar que no haga: buscando aliados de confianza en el este, sobrecargando su decrepita infraestructura nuclear con más armamento y vendiendo más armas a Estados que Washington ha acusado de patrocinar el terrorismo”.¹⁵

Otro académico coincide en lo general con lo anteriormente planteado e insiste sobre la imperiosa necesidad de cambiar las actitudes estadounidenses tradicionales de guerra fría de cara a Rusia y China, pero agrega otro elemento básico: el cambio de estrategia de apoyo total a Israel frente al conflicto palestino y el mundo árabe.¹⁶ Esto como táctica para lograr un acercamiento y posterior cooperación con los Estados musulmanes en la guerra antiterrorista.

Desde la perspectiva política, el ex secretario de Defensa, William Perry, comparte los puntos de vista anteriores y después de hacer una férrea crítica a las deficiencias del escudo nacional antimisiles (posibilidad de ataque mediante aviones bombarderos y misiles navales móviles, además de ataques terroristas), asienta que las pláticas de no proliferación nuclear deben incluir a Rusia y China:

[...] el tema importante es la proliferación, no la defensa antimisiles ni la reducción de fuerzas estratégicas. Moscú y Beijing deben adoptar medidas serias en cooperación con Estados Unidos para frenar los programas de armas no convencionales de Irán, Irak, Libia y Corea del Norte. A fin de lograr la cooperación de ambos países, Washington debe estar dispuesto a hacer *ciertas concesiones* en otras áreas. A ambos gobiernos parece preocuparles menos la no proliferación que la preservación de su poder de disuasión nuclear de última instancia. Estados Unidos debe adoptar el enfoque opuesto.¹⁷

¹⁵ Stephen F. Cohen, “Por qué Rusia sí importa”, *La Jornada*, suplemento *Masiosare*, 28 de octubre de 2001, 12.

¹⁶ Anatol Lieven, “Estrategia contra el terror”, *Este País*, no. 128 (noviembre de 2001).

¹⁷ William J. Perry, “La preparación para el próximo ataque”, *Foreign Affairs en español* 2, no. 1 (primavera de 2002): 34. El subrayado es nuestro.

Un cambio estratégico de tal magnitud debería ir acompañado de pasos tácticos muy concretos, como la adhesión al Protocolo de Kyoto sobre medio ambiente, el congelamiento del proyecto del escudo nacional antimisiles, la firma de la Convención de Armas Químicas y Bacteriológicas, la ratificación del Estatuto de la Corte Penal Internacional, el abandono de acciones unilaterales, como la reciente invasión a Afganistán y el bombardeo periódico a Irak, entre otros. Pasos todos que hasta ahora se han dado al revés, es decir, hay una fuerte tendencia doble: hacia la unilateralidad diplomática frente al anterior multilateralismo basado en las organizaciones y organismos de la ONU y el juego de poder entre las potencias del Consejo de Seguridad, y hacia el abandono de la “civilidad estratégica”, entendida como el nuevo juego entre las potencias termonucleares sustentado en la disuasión a partir de la garantía del aniquilamiento mutuo o global por un ataque nuclear sorpresivo de alguna o algunas de ellas, así como en las limitaciones de rearme contenidas en el Tratado Antibalístico y en convenios sobre el control de armas químico-bacteriológicas.¹⁸

Al parecer, la tendencia predominante en los círculos de poder estadounidenses es hacia el uso de la unilateralidad en el escenario mundial y la consecución de la invulnerabilidad estratégica militar recién descrita. Tendencia que se fortalece, si tomamos en cuenta el abandono de la estrategia centrada en la capacidad para actuar en “dos conflictos o guerras mayores simultáneos” y vencer en ambos, visión estratégica básica que permeó gran parte del pensamiento militar de los años noventa. En otras palabras, según el *U.S. Quadrennial Defense Review* de septiembre de 2001, la estrategia futura de las fuerzas armadas estadounidenses consistirá en tener capacidad para involucrarse en un conflicto mayor, al tiempo que mantienen la disponibilidad para participar en conflictos menores,¹⁹ y por supuesto triunfar en todos los frentes de batalla.

Podríamos pensar en una guerra mayor con China o Rusia y países aliados, combinada con la proliferación de brotes terroristas, éxo-

¹⁸ John Saxe-Fernández, “Unilateralidad y crisis hegemónica”, *La Jornada*, 22 de enero de 2002, 28.

¹⁹ Almeyra, “EU buscaría recuperar...”, y Rossana Fuentes Berain, “Guerra y posguerra”, *Proceso*, no. 1316, 20 de enero de 2002, 32.

dos masivos, narcoacciones incontrolables, guerras internas o fronterizas, etc. Sin embargo, la apuesta estratégica de algunos analistas se inclina a que el único camino del combate internacional efectivo al terrorismo de grupo y de Estado es mediante acuerdos entre potencias y la cooperación interestatal basada en los mecanismos de la ONU y los preceptos del derecho internacional como estrategia para reducir los desafíos y amenazas a la paz mundial.

Por último, resulta imprescindible pasar de lo macropolítico o internacional a lo microsocioal o nacional, esto es, cuáles son las causas reconocidas que generan el terrorismo transnacional. No enumeraremos causas superficiales o aparentes (el fanatismo religioso, el odio antiimperial, la opresión política o racial, la pobreza extrema, el violento líder carismático, el desempleo masivo, el analfabetismo y la escasa educación, la falta de instituciones estatales legítimas y eficaces, etc.), que por lo común se presentan como explicaciones unicasales o bicasales, circunstancias que predominan en más de dos tercios de los países del mundo y donde, por lo tanto, bajo esa óptica explicativa, debería haber múltiples brotes terroristas o al menos grandes y permanentes movilizaciones sociopolíticas. No, el fenómeno terrorista es más complejo y más simple a la vez, esto es, por una parte requiere la conjunción de una serie de condiciones objetivas y subjetivas como las mencionadas (por ejemplo, débil institucionalidad y desempleo masivo; amplia conciencia social y avanzada organización política) y, por otra, requiere el reconocimiento de las raíces económico-sociales estructurales para realmente comprender el complejo fenómeno del terrorismo.

Al margen de explicaciones causalistas simples (causa=opresión racial, efecto=terrorismo), lo indudable es que el terrorismo grupal puede verse bajo dos ángulos: como una reacción inmediata o mediata al terrorismo de Estado, nacional o extranjero, y como expresión sociopolítica a un entorno económico-político específico. Sobre la primera dimensión conviene reproducir lo que desde los círculos de poder militar estadounidense abiertamente se reconoce: “Está plenamente establecida la relación causal entre terrorismo de Estado y terrorismo internacional. Desde 1997, el Defense Science Board informó a la Subsecretaría de Defensa para Adquisiciones y Tecnología que

la *información histórica* muestra la existencia de una *fuerte correlación* entre la intervención de Estados Unidos en ultramar y el aumento de ataques terroristas en su contra [...]. Además, la asimetría militar que le niega a otros Estados la capacidad de realizar ataques abiertos contra Estados Unidos les induce a usar actores transnacionales, es decir, terroristas de un país atacando a otro.²⁰

Esto se podría argumentar que es más complicado, pues en los casos de países como Irlanda y España, sin abierto intervencionismo estadounidense, sus Estados y gobiernos llevan veinte y treinta años luchando contra el terrorismo del ERI y la ETA, es decir, la respuesta terrorista tiene un componente más nacional que internacional. Empero, son excepciones a la regla general de la ecuación: presencia extranjera=respuesta violenta interna.

La segunda dimensión, las raíces internas del terrorismo, es reconocida sin tapujos por Strobe Talbott, subsecretario del Departamento de Estado durante el gobierno de Clinton:

En el próximo presupuesto va a haber la tentación de reducir los programas que nos permiten movernos de una guerra defensiva y de reacción contra los terroristas, a una proactiva, a una ofensiva prolongada contra las perversas e intratables realidades que los terroristas explotan y de las cuales obtienen apoyo popular, soldados y refugio político. Ésta es una razón por la cual una frase del pasado político de Estados Unidos necesita ser desempolvada, internacionalizada y puesta en acción: la guerra contra la pobreza. Sólo si en la larga batalla futura se lucha también en ese frente podremos tener éxito.²¹

En otras palabras, la amenaza del terrorismo transnacional a la paz mundial no pasa solamente por medidas coercitivas sino por un mejoramiento sustancial de las condiciones de vida de la población mundial. Necesariamente implicaría el cambio del modelo económico neoliberal dominante y el impulso de una globalización solidaria y con justicia social.

²⁰ John Saxe-Fernández, "Globalización del Terror y Guerra", *Memoria*, 10. El subrayado es nuestro.

²¹ Strobe Talbott, "The Other Evil: The War on Terrorism Won't Succeed without a War on Poverty", *Foreign Policy* (noviembre-diciembre de 2001): 76.

La voluntad política de las diversas potencias occidentales y orientales en el proceso de reconstrucción y establecimiento de un Estado-nación, en el Afganistán de posguerra, constituirá un magnífico y paradigmático ejemplo de qué intereses predominan en el proceso de rehacer un país devastado por más de veinte años de guerra interna, donde rusos y estadounidenses tienen una gran responsabilidad histórica. Por lo pronto, se calcula entre diez y quince mil millones de dólares el costo de reconstrucción para los primeros cinco años, suma que todavía no se completa por los posibles países donantes. Además de los enormes costos mencionados, existe otra serie de obstáculos e interrogantes inmediatos no resueltos mínimamente: la pacificación del país requiere, al menos, de treinta mil efectivos de la fuerza internacional de paz para hacerse cargo solamente de las cinco ciudades principales; hasta ahora sólo han llegado 4 500 efectivos y algunos gobiernos europeos declararon que sus militares permanecerán a lo más tres meses; las disputas entre los poderes étnicos regionales ya recomenzaron, en parte por la falta de reconocimiento del gobierno nacional de transición encabezado por Karzai, en parte por la reducida presencia de tropas internacionales y la inexistencia de fuerzas armadas afganas. En pocas palabras, no existe un Estado-nación en Afganistán.

Empero, lo más preocupante es que Karzai es un viejo personero de los intereses de la petrolera estadounidense Unocal.²² A la vez, para el año fiscal 2003, Bush propuso un presupuesto militar de 379 000 000 000 de dólares que representan el mayor aumento del mismo en los últimos veinte años; aumento que va acompañado de una disminución de las partidas presupuestales para educación y capacitación laboral,²³ además de una reducción de impuestos que beneficiará principalmente a quienes tengan ingresos mayores a trescientos mil dólares anuales, con lo cual se satisface así a los intereses de una obvia minoría social nacional.

En suma, tanto en Afganistán como en Estados Unidos tiende a seguir prevaleciendo el interés nacional privado sobre el interés na-

²² La contradictoria trayectoria política de Karzai puede consultarse en Carson y Brooks, "Renovados intereses...".

²³ AFP, Reuters, DPA y PL, "Presenta Bush proyecto de presupuesto y pide al Congreso dar prioridad al gasto militar", *La Jornada*, 5 de febrero de 2002, p. 23.

cional público. Evidencia por demás clara si nos atenemos al último discurso de Bush, quien afirmó que Estados Unidos “siempre se mantendrá firme en las demandas no negociables de dignidad humana: el régimen de leyes, límites en el poder del Estado, respeto para las mujeres, propiedad privada, libre expresión, justicia igualitaria y tolerancia religiosa”.²⁴ Más claro no podía ser el mensaje de Bush hijo: se sustituye la legalidad por la legitimidad, el Estado social por el Estado limitado, la propiedad pública por la propiedad privada, la justicia social por la justicia igualitaria, etcétera.

No cabe engañarse, no aparecen en el horizonte del poder cambios sustanciales al excluyente modelo económico neoliberal ni a la polarizante globalización regional o nacional. La inestabilidad y lo impredecible seguirán presentes en el escenario internacional, repercutiendo negativamente en la seguridad mundial, a menos, por supuesto, que existan resistencias sociales bien organizadas contrarias al paradigma de dominación mencionado. Resistencias que se expresan aquí y allá alrededor del mundo desde el simbólico nivel macro, como las manifestaciones en Seattle o el Foro Social de Porto Alegre, hasta lo microcotidiano y concreto de los pobladores urbanos o rurales de México, Argentina o Venezuela contra la expropiación de sus recursos naturales y productos y por su derecho a la utopía de construir una vida digna, justa y pacífica entre los hombres y las naciones del planeta.

²⁴ Jim Cason y David Brooks, “Utiliza Bush el miedo para justificar la militarización dentro y fuera de EU”, *La Jornada*, 30 de enero de 2002, 28.